

# **EL ESPAÑOL HABLADO EN CANARIAS: VISION SOCIOLINGUISTICA**

**Gonzalo Ortega Ojeda**

Es de sobra conocido el escaso relieve que concedió Saussure -deslumbrado probablemente por el hallazgo que, desde el punto de vista metodológico, representaba el deslinde entre Lingüística interna y Lingüística externa- a todas aquellas cuestiones que no estuviesen directamente implicadas en el mecanismo interno de la lengua. Recordemos lo que a este propósito señaló el maestro ginebrino: «Nuestra definición de la lengua supone que descartamos de ella todo lo que sea extraño a su organismo, a su sistema, en una palabra, todo lo que se designa con el nombre de lingüística externa»<sup>1</sup>.

Sabido es asimismo que esta actitud de Saussure tuvo una pronta contestación por parte de algunos de sus discípulos y, singularmente, por parte del más calificado de ellos: Antoine Meillet. En efecto, Meillet, en su reseña del «Cours», precisa que le parece sencillamente lamentable que la postura estructural no tomara en consideración a los seres humanos en tanto que usuarios de la lengua.

Estos antecedentes, entre otros que obviarnos, bastan para justificar la aparición de una disciplina, la sociolingüística, que intente dar cumplida cobertura a las complejas relaciones entre lengua y sociedad.

Sobre el objeto específico del que deba ocuparse la sociolingüística, disponemos de dos importantes aportaciones correspondientes a dos lingüistas notables de nuestra área: nos referimos, en primer lugar, al profesor A.M. Badía Margarit, quien hace notar que «la sociolingüística se ocupará de la realidad concreta de las lenguas en lo que se refiere a factores estéticos, culturales, geográficos, ambientales, familiares, etc. Todo esto -puntualiza el profesor catalán-, que, dicho así, puede parecer poca cosa, constituye en realidad un campo enorme de trabajo, el de la sociolingüística. La propia denominación de la nueva ciencia ya dice mucho; ella nos advierte, de entrada, que se interesa por el comportamiento de la lengua en la sociedad. Y si es cierto que la lengua es siempre un fenómeno social porque ahí radica su esencia,

no es menos cierto que también cabe estudiar la lengua haciendo abstracción de cuanto no sea su propio sistema. He aquí, y simplificando sin duda demasiado, la gran diferencia entre el estructuralismo lingüístico y la sociolingüística: aquél trata de la lengua en sí misma, la lengua como sistema constituye su objeto; ésta trata de la lengua en cuanto funciona en el seno del cuerpo social, sujeta a un sinnúmero de condicionamientos<sup>2</sup>.

En segundo lugar, contamos con la contribución del profesor M. Alvar, la cual, aunque más restrictiva, nos viene al pelo para nuestros propósitos. Veamos lo que nos dice el eminente dialectólogo: «Plantearse el problema de qué pueda ser una sociolingüística es, ante todo, enfrentarse con la cuestión del concepto que el hablante tiene de su propio instrumento lingüístico. Porque -tácita o expresamente- el hablante toma posiciones para encararse con su lengua: unas veces, las más, no las manifiesta; pero otras -acuciado por excitantes externos- responde a una pregunta que se formula o que le formulan»<sup>3</sup>.

Es en el contexto al que apunta en estas palabras el profesor Alvar en el que se inscribe el presente trabajo, que, vertebado en una serie de preguntas y respuestas, tiene por sola pretensión propiciar un acercamiento a la problemática sociolingüística del español de Canarias.

Para empezar podríamos preguntarnos lo siguiente:

¿Experimentan los hablantes canarios la sensación de que utilizan un español marcadamente dialectal?<sup>4</sup> Nuestra impresión es que, en efecto, el hablante de las islas, a través de algunos comportamientos, que, sin ser generales, sí son frecuentes, manifiesta tener un concepto más bien negativo de su «modo de hablar». No se explicarían, si no, esas actitudes en las que se aprecia que muchos hablantes canarios intentan imitar determinados rasgos del español peninsular<sup>5</sup>, sobre todo en aquellas ocasiones en que, por su excepcionalidad, se debe apelar a la «corrección» lingüística. Así, no es extraño observar como se reniega de particularidades tales como el seseo, la aspiración de las eses implosivas, la no utilización del «vosotros» y formas adjuntas, etc., cuando se habla en la radio o en la televisión, o, sencillamente, cuando se interviene en público.

Una actitud parecida, aunque bastante menos frecuente, puede observarse en algunos hablantes canarios que, tras haber permanecido un tiempo más bien corto en la Península, intentan ejercer de hablantes peninsulares, por cierto, con resultados bastante negativos. Sin embargo, creemos, no se registra el caso del hablante peninsular que, después de una más o menos corta estancia en Canarias, resuelve adoptar las peculiaridades lingüísticas de nuestra región. (Repárese en lo significativo de la comparación).

En esta misma línea se encuentran algunas respuestas recogidas en el ALEICan (Atlas Lingüísticos y Etnográfico de las Islas Canarias). Sirva una de ellas como muestra: el mapa nº 3 del susodicho atlas plantea la siguiente pregunta: «¿Qué se habla aquí?», pregunta a la que un hablante de la isla de La Palma contestó que ellos hablaban español, «porque castellano no lo sabemos hablar»<sup>6</sup>. Pues bien, pese a lo insólita que pueda resultar esta respuesta, este sujeto conectó en la misma con un matiz que posee el término «castellano» y del que carece «español». Efectivamente, y sin que ello tenga un carácter axiomático, cuando se intenta ponderar la corrección o la pureza con que alguien se expresa en nuestro idioma, suele preferirse el empleo de «castellano», apareciendo rara vez en su lugar «español». Así, son frases oídas frecuentemente: «Se Expresó en perfecto castellano», «Dirigió unas palabras a los presentes en correcto castellano», etc.

De modo que, por contradictoria y desconcertante que pueda parecer a primera vista la respuesta del informante palmero, en la misma está sutilmente expresada la opinión negativa que le merece su modalidad lingüística.

Estimamos que estos argumentos son lo bastante expresivos como para justificar, cuando menos, el planteamiento de la pregunta a la que hemos intentado dar satisfacción<sup>7</sup>.

Al hilo de lo dicho anteriormente, un interrogante parece obvio: ¿Cuáles pueden ser las razones que determinen el parecer negativo que a los hablantes canarios les merece su modalidad lingüística?

A nuestro juicio, varias pueden ser las razones que motiven esta valoración:

En primer lugar, el hecho de que nuestro idioma tuviera su cuna en Castilla influye sin duda en determinados hablantes, los cuales consideran que tal circunstancia implica que el español debe conservarse en esa zona mucho más «puro» que en cualquier otra latitud, y que, por consiguiente, es esa modalidad la que debe tenerse, aún hoy, por ideal.

En segundo lugar, puede afirmarse que el hecho de que los organismos encargados del regular el uso del idioma (léase la Real Academia) hayan preconizado -nada solapadamente, por cierto- la observancia de los rasgos que caracterizan al español de Castilla, con toda seguridad ha promovido entre los hablantes de otras modalidades hispanohablantes la idea de que existen diferencias cualitativas entre las mismas<sup>8</sup>.

En tercer lugar, puede decirse que la estrecha cercanía en que se encuentra -como tantas veces se ha aireado- el español pretendidamente representativo, con relación a la ortografía, es algo que induce a pensar a determinados hablantes, canarios o pertenecientes a otros ámbitos hispanohablantes, que, entre las variedades diatópicas de una lengua, como ocurre en casi todos los órdenes de la vida, también hay categorías. Es claro que los hablantes que así piensan consideran -si se quiere, de una forma intuitiva- que la lengua escrita debe ser el espejo en que se mire la lengua hablada, y que no debe ser aquélla la que esté a expensas de ésta, sino todo lo contrario. Naturalmente, basta la mera referencia a las reformas ortográficas que han tenido lugar en la historia de nuestro idioma para apercibirse de la vulnerabilidad de esta creencia.

Otro hecho que sin duda ha influido negativamente en los hablantes no originarios del centro-norte peninsular ha sido la adopción de los medios de comunicación sonoros, con independencia de su lugar de radicación, de un estilo de lengua ortodoxamente castellano, los casos en que esto no se ha producido son, amén de recientes, más bien contados. Recuérdese de paso que, hasta hace poco tiempo, los acentos regionales estaban proscritos tanto en la radio como en la televisión.

Ante esta situación, es más que lógico que el hablante medio sobrevalore el español de los medios de comunicación y que, por consiguiente, se acentúe en él la conciencia de hablante de segunda fila.

De manera que, a la vista de lo expuesto, puede concluirse que el hablante canario, como el andaluz o el extremeño, estima que existe una modalidad en nuestra lengua cualitativamente superior a las demás modalidades, las cuales serían simples deformaciones o degeneraciones de aquélla.

Referidas las causas que determinan esta conciencia de marcado dialectalismo entre los hablantes canarios, aprestémonos a hacer algunas consideraciones sobre la plausibilidad o consistencia de tales argumentos.

Según nuestro particular entender, todas las razones apuntadas son por igual atacables desde el momento en que presuponen que existe una sola modalidad del español digna de ser seguida, cuando es claro que algo debe ser catalogado como bueno o como malo, como perfecto o como imperfecto, en la medida en que satisfaga bien o mal el fin para el que fue creado. Y ni que decir tiene que el español de Canarias cubre las necesidades comunicativas de sus usuarios tan aceptablemente como el español peninsular con relación a los suyos. Diríase

mos más: puestos a hacer valoraciones -y aquí ése no es nuestro norte-, tendríamos que considerar la modalidad canaria, cuando menos, más completa, más evolucionada, pues, singularmente, en el aspecto fonético-fonológico, nuestra variedad se encuentra en un estadio evolutivo superior si lo comparamos con el español del centro-norte peninsular. En efecto, fenómenos caracterizadores de nuestra habla (aunque lo sean también de otras) como el seseo, la aspiración de las eses implosivas, el trueque de alveolares en posición final de sílaba (registrado sólo en determinados niveles diastráticos), el casi generalizado yeísmo, etc., vienen a representar de algún modo la avanzadilla en la evolución fónica de nuestro idioma.

Además, la licitud de este planteamiento está avalada por la evidencia de que las lenguas con el paso del tiempo cambian, se transforman. Más aún -como hizo notar Saussure-, «esta evolución es fatal; no hay un solo ejemplo de lengua que la resista»<sup>9</sup>.

De modo que lo dicho demuestra bien a las claras que los cambios son algo consustancial en cualquier lengua, algo inherente a su propia naturaleza.

Planteemos, finalmente, una cuestión tópica y controvertida al mismo tiempo: ¿Encierra alguna verdad la afirmación de que los canarios manejamos un vocabulario más bien corto? Antes de dar respuesta a este interrogante, precisemos dos conceptos a este respecto ilustrativos: vocabulario activo y vocabulario pasivo.

De un modo elemental, podemos decir que el vocabulario activo vendría a estar constituido por el conjunto de términos que un hablante determinado utiliza cuando habla o cuando escribe. El vocabulario pasivo, por el contrario, comprende tanto los términos que el hablante emplea como aquéllos que, pese a no utilizarlos, es capaz de interpretar.

Pues bien, sentados estos conceptos, tratemos de dar contestación a la pregunta más arriba formulada: en nuestra opinión y por lo que respecta al vocabulario pasivo, creemos que no se registran diferencias notables entre los hablantes peninsulares y los hablantes canarios, en el bien entendido de que estamos comparando implícitamente hablantes con un grado de instrucción similar. Ahora bien, con relación al vocabulario activo y, especialmente, en lo que se refiere al vocabulario activo oral, sí que apreciamos una diferencia clara entre ambos tipos de hablantes, diferencia que pone de manifiesto un cierto déficit en el caso de los hablantes insulares. Este déficit de vocabulario activo oral se hace particularmente patente en aquellas ocasiones en que, por su especificidad, se pone a prueba la fluidez verbal del hablante. Todos hemos podido advertir en más de una ocasión cómo el extremo laconismo de algunos canarios ponía en apuros al entrevistador de turno, o lo desesperantes que resultan a veces esos lapsos prolongados entre palabra y palabra, que provocan -particularmente en el oyente- situaciones de cierto embarazo.

La diagnosis de este comportamiento se revela sencilla y clara: el hablante canario, impelido por condicionamientos sociológicos, de los que más adelante algo procuraremos explicitar, utiliza en su vida normal un conjunto de términos más bien reducido. Por esta razón, cuando, determinado por la coyuntura, se ve en la necesidad de emplear palabras que conoce pero que no usa a menudo, tiene verdadera dificultad en evocarlas, suscitándose las situaciones más arriba referidas.

Establezcamos un paralelismo -como ahora se ha dado en decir clarificador: todos hemos experimentado en alguna ocasión el hecho de que, al intentar acordarnos del nombre más o menos enrevesado de alguien, nos hemos visto momentáneamente impotentes para ello. ¿Qué ha pasado? Sencillamente que -valga la impropiedad- en nuestro vocabulario activo habitual no figura el nombre de la persona en cuestión.

Imaginemos, por contra, el nombre, también inusitado, de una persona allegada, y observaremos cómo no se producirá el menor titubeo al intentar recordarlo. ¿Qué ha sucedido?

Simplemente que el apelativo de ese familiar o amigo forma parte, como un elemento léxico más, de nuestro vocabulario activo habitual.

El hablante canario intuye la oportunidad de utilizar un vocabulario concreto en lugar de otro si la ocasión lo demanda, pero encuentra dificultades para ello. Del mismo modo, el que intenta acordarse de un nombre que no emplea frecuentemente, intuye cuál es, pero tropieza con idénticos problemas.

Sobre las razones que puedan explicar la parquedad -a veces excesiva- que se observa en los hablantes canarios, poco puede decirse sin ir más allá del marco en el que se insertan estas reflexiones.

Apuntemos, no obstante, siquiera una: sin lugar a dudas, por su particular idiosincrasia, el habitante de las islas es un ser inclinado a la sencillez, a la llaneza, a rechazar todo aquello que pueda ser catalogado de artificioso. Por esta razón, no es extraño que, en determinados casos, se juzguen como pedantes actitudes que para un hablante peninsular no pasarían de ser simplemente normales. Por esto mismo, tampoco deben sorprender esas frases -por lo demás en extremo reveladoras- en las que se tilda al peninsular (o a su correspondiente disfe-mismo) de alardear mucha labia, mucha cháchara, mucha verborrea, etc.

Desde luego, no somos quienes para proponer medidas terapéuticas que resuelvan el problema expuesto, pero lo que sí es evidente es que urge, en primer término, desentrañar todas las motivaciones del mismo y, en segundo término, adoptar -sobre todo por los distintos estamentos educativos- las acciones pertinentes para su definitiva solución.

- 
- 1 F. DE SAUSSURE, Curso de Lingüística General, Ed. Losada, Buenos Aires, 1945, pág. 67.
  - 2 A. M. BADIA MARGARIT, Lenguas en contacto: Bilingüismo, diglosia, lenguas en convivencia, en el volumen colectivo Comunicación y Lenguaje, Ed. Karpis, Madrid, 1976, págs. 109-110.
  - 3 M. ALVAR L., Actitud del hablante y sociolingüística, en Teoría Lingüística de las regiones, Ed. Planeta, Universidad de Barcelona, 1975, pág. 93
  - 4 Utilizamos aquí el adjetivo «dialectal» en su sentido más vulgarizado, esto es, con la significación de modalidad devaluada respecto de la que se considera «modélica».
  - 5 Nos referimos con tal denominación exclusivamente a la variedad del español utilizada en la zona centro-norteña de la Península, pues, como se sabe, el andaluz guarda notables concomitancias con el español de Canarias, incluso en el terreno de la sociolingüística.
  - 6 M. ALVAR L., op. cit., pág. 99.
  - 7 A lo ya dicho, puede añadirse que entre los propios habitantes de las islas existe la creencia de que el español de la isla del Hierro es mejor que el de las restantes, justamente porque es el que presenta una mayor proximidad fonética al castellano que hemos dado en llamar «modélico».
  - 8 No cuestionamos implícitamente en estas palabras la oportunidad de que existan unas normas directrices que preserven a nuestro idioma de la tanta veces vaticinada fragmentación. Lo que sí ponemos en tela de juicio es el modo de llevarlas a la práctica, ya que dicha estrategia promueve en la conciencia de muchos hablantes una cierta impresión de inferioridad lingüística.
  - 9 F. SAUSSURE, op. cit., pág. 142.